

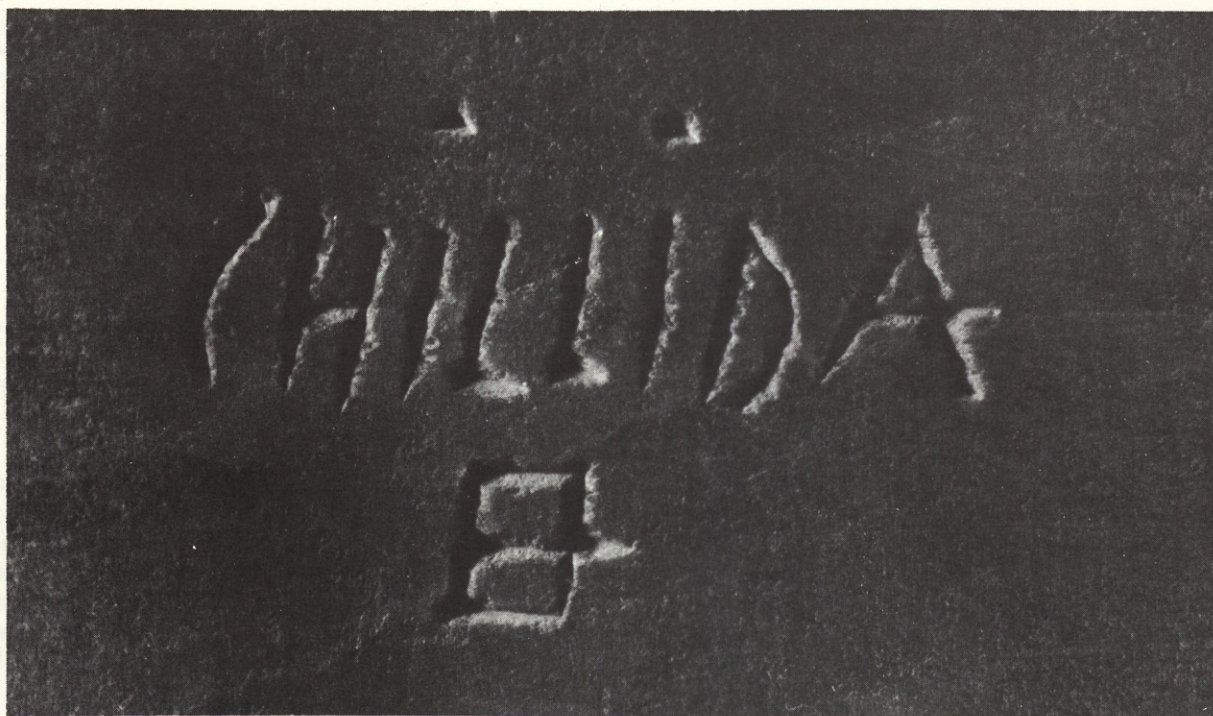


FOTO: CATALA ROCA

CHILLIDA POTENCIA

Juan RAMIREZ DE LUCAS

En 1954, en el Pabellón español de la Trienal de Milán, en un blanco y desnudísimo ambiente luminoso, creado por el talento y la sensibilidad de Ramón Molezún, un escultor desconocido obtiene Diploma de Honor. "¿Quién es este Silida, Cillida, Sillidá?" se preguntan muchos visitantes, entonando el apellido del escultor según sus especiales modos fonéticos.

En 1958, en el Pabellón de España de la Bienal de Venecia, el mismo escultor obtiene el Gran Premio Internacional de Escultura. A partir de este momento comienza la gran carrera de uno de los escultores más portentosos de nuestro tiempo y seguramente uno de los más portentosos que nunca se dieron en España. En Venecia ya nadie pronunciaba el nombre de Chillida mal, lo habían aprendido de una vez para siempre.

En la ocasión de 1954 el Diseño Industrial español estaba tan inesistente que Molezún no pudo exponer en su vacío pabellón más que unas cuantas alpargatas, algunos bordados tradicionales y las esculturas de Chillida colgando del techo de hilos de nylon. Y no se piense que los hierros del escultor desdecían del calzado típico de muchos campesinos españoles. Eran esculturas como herramientas, como hoces, como azadas, como tochos; eran pero no eran, porque ante todo eran esculturas, en las que persistía un lejano perfume campestre, como si de tanto cortar los prados del heno se hubiesen ido desgastando en siglos de incesante labor.

En la ocasión de 1958 Chillida estaba en compañía de los artistas de "El paso" y nunca un pabellón de España en ninguna otra exhibición causó mayor sorpresa, mayor conmoción a escala internacional. Desde entonces, el Chillida-Potencia se ha convertido en la Potencia-Chillida. Potencia mundial, y ya se sabe que potencias mundiales hay muy pocas.

Ahora, en la temporada madrileña que acaba de comenzar, la Galería Iolas Velasco, nos ha traído una de esas exposiciones que se recordarán durante mucho tiempo. Una Galería ampliada, renovada, que Luisa María Velasco ha convertido en la primera galería madrileña, con mucho sobre todas las demás. "20 años de escultura Chillida" se titula dicha exposición, pero tal vez no sea exacto el título.

En una de las conversaciones que mantuve con Chillida en su casa de San Sebastián, durante el pasado verano, le recordaba que precisamente en este año de 1972 se cumplían sus bodas de plata con la escultura y que sería interesante admirar la trayectoria de su obra desde 1947. "Detesto los aniversarios, no los soporto, para mí no significan nada". Bueno, en definitiva ha venido a ser lo mismo; igual da veinte que veinticinco años, con o sin aniversarios.

Antes de seguir adelante, y precisamente ahora en que las confesiones parecen estar en desuso y casi en trance de desaparición, quiero confesarme públicamente. Eduardo Chillida me era muy antipático. En varias ocasiones, durante exposiciones principalmente, había intentado un acercamiento de conversación cordial con el artista. Siempre me había producido el mismo desolado convencimiento, de persona esquiva, difícil, nada comunicativo, en guardia para toda clase de preguntas. Así estaban las cosas, cuando, precisamente en estos meses del verano y con ocasión de varias estancias en San Sebastián, me pregunté si las simpatías o antipatías no son la mayor parte de las veces producto de las circunstancias, de determinados momentos, o ambientes. Quise comprobarlo y telefoneé a Villa Paz, por los altos de Mira Cruz.

En efecto, estaba equivocado. Chillida es hombre cordial, amable, que escucha a todo el que viene de buena fe, sereno siempre y con unas convicciones muy claras y muy meditadas. Tal vez timidez, o cierto azaramiento en los ambientes donde están muchas gentes y todas quieren hablar a la vez, saberlo todo, no profundizar en nada. El peor lugar para entablar amistad con Chillida es una exposición y si la exposición es de sus obras el malentendido puede durar años, como a mí me ha sucedido.

Villa Paz está en la falda de una colina que baja del monte Urgull, es una casa con muchos árboles y jardín grande que se escalona hasta la calzada. Es una casa de estilo vasco con toda la carpintería pintada de rojo. Pili, la esposa del pintor es una menuda rubia risueña y juvenil, aunque sea madre de ocho hijos, algunos de los cuales ya están estudiando en la Universidad. En Villa Paz no hay protocolos y el visitante se siente amorosamente ganado por un ambiente de gran naturalidad. El nombre de la villa lo tiene bien puesto. Pili puede preguntarte, a poco que te descuides, "¿Quieres un bocadillo de jamón, Eduardo siempre merienda a estas horas". Y vuelve al rato con unos bocadillos de medio metro cada uno, repletos de jamón serrano; en la bandeja trae también una botella de Rioja tinto. Uno se queda perplejo ante aquellos tamaños y opta por comer el jamón solamente. Eduardo, no, engulle todo el bocadillo que tiene que suavizar con el Rioja. Así se explica que luego pueda doblar esos hierros que nadie había doblado, esos aceros.

Se sabe que Leonardo da Vinci tenía tal fuerza física que era capaz de doblar, solo con una mano, una herradura. Pienso que Chillida puede hacer eso y mucho más, aunque su potencia tenga también como una especie de mimo con la dura materia que lo lleva a suavizarla en determinadas zonas, a limar aristas y durezas, que es donde se descubre la exquisita sensibilidad de este hombre, al parecer rudo e innaccesible.

El estudio de Chillida está dentro del mismo recinto de Villa Paz, pero en casa aparte. Es un verdadero estudio, o sea un lugar donde se investiga, se planea, se estudia. De aquí salen ya las esculturas completamente concebidas, pues Chillida es el anti improvisación. Cualquier idea es madurada, sopesada, en todas sus posibilidades, hasta límites exhaustivos. Es el propio escultor el que ha escrito las siguientes palabras-clave: "Yo no represento, yo pregunto. Se pregunta cuando no se sabe. No hay pregunta honrada cuando se sabe la respuesta". Todo lo cual, indica bien a las claras la actitud en que el artista se coloca ante su obra, actitud de indagación, más de análisis que de entrega. Por muy gruesos, enormes, que sean los tamaños de los hierros que Chillida emplea en sus esculturas, siempre serán hierros conmovidos, movidos con temblor angustioso, que los hacen palpar como criaturas de músculos, piel requemada y sangre. Sangre que no se ve, pero que se presiente está dentro y que si aguzamos mucho la vista podemos verla palpar en algún codo, en alguna articulación donde la epidermis se afina y queda más en la superficie la vena nutricia.

Muchos artistas trabajan movidos por la rabia, por la sensualidad, por la ira, también. Yo creo que Chillida trabaja por amor, por doloroso amor, que nunca le deja satisfecho y su potencia, su titánica potencia, se le quiebra en algo que está cercano al sollozo. Igual que si acariciase la cabeza de un hijo muerto prematuramente.

Ya salió. Ya salió la palabra que no podía faltar al hablar de Chillida. La palabra tópica que sin querer se escapa, pero que se escapa porque tal vez es la más justa: titánica, potencia de Titán. Veamos: "Según la mitología griega el más antiguo linaje divino. Gigante que había pretendido asaltar el cielo. Hijos de Urano y de Gea; eran doce, seis mujeres y seis hombres, entre estos Océano, Atlas, Cronos, etc" (de los diccionarios). Ahora nos explicamos porque salió la palabra: gigante pretendiendo alcanzar cielos, hijo de Gea (la tierra) y de Urano (el firmamento), hermano del Océano, de Atlas, de Cronos (el tiempo), sí, verdaderamente todo encaja a la perfección tratándose de Chillida. Decididamente, titánico, con potencia de Titán.

De todos los críticos que han estudiado a Chillida, algunos con lenguaje excesivamente esotérico, preferimos la interpretación que de él hizo el arquitecto Daniel Fullaondo analizando todos los aspectos artísticos del escultor, escultor excepcional: "España ha tenido en estos años la extraña, increíble, oportunidad de poder contar dentro de su mundo creacional con dos de los más grandes escultores de este siglo. Eduardo Chillida y Jorge de Oteiza. Sin embargo, a pesar de la coincidencia en tiempo y espacio, dos mundos antitéticos, están señalando la actitud creacional, metodológica, de estos dos artistas. En Oteiza está la segunda generación racionalista, la generación de Max Bill, de Pevsner, de Gabo, la generación heredera y sucesora de la Bauhaus, de Van Doesburg y Mondrian, de Tatlin y Roedchenko, la generación canónica, anti-psicológica... Chillida, por el contrario, es ya un hombre distinto, más joven, un hombre que a través de ese puente, complejo y sutilísimo, que es Pablo Palazuelo, pertenecerá ya definitivamente a la tercera, orgánica, generación". (1)



No es extraño que Chillida haya suscitado el interés analítico de los arquitectos, pues todo él es arquitectura en su más profundo significado. De todos es conocido que Chillida estudió en la Escuela de Arquitectura de Madrid de los años 1943 a 1947. Siempre nos hemos preguntado el por qué abandonó una carrera para la que parecía vocado más que para ninguna otra. Y como no hemos encontrado la respuesta satisfactoria, ni siquiera cercana, decidimos preguntárselo al escultor directamente.

—Deje de estudiar arquitectura precisamente por lo que me interesaba. Porque ví, comprendí, que lo que se enseñaba, lo que se exigía en la Escuela de Arquitectura en aquellos años (finales de la década de los cuarenta) tenía que ver muy poco con la arquitectura. Por ejemplo, juzgar la valía de un futuro arquitecto por si sabía dibujar bien la Venus de Milo o un capitel corinto. Esto era una deformación del verdadero concepto del dibujo, que aquellos profesores lo asociaban a reproducir cualquier objeto con arreglo a unas determinadas reglas de perspectiva, proporciones, etc., cuando yo estimo que dibujar es organizar una serie de relaciones con arreglo a las propias exigencias del artista. Los dibujos de Rembrandt, de Miguel Angel, de Leonardo, no tienen su valor por si han reproducido las figuras con arreglo a determinadas normas establecidas, sino por lo que ellos han puesto de sí mismo en esos dibujos, a veces, ni siquiera “correctos” desde un punto de vista convencional.

Tenemos que lamentar que esos anticuados planes de estudios, o que esos profesores inadecuados, malogren vocaciones tan claras. Pero a pesar de todos los pesares, una cosa es evidente, y más que nunca en esta exposición actual de Iolas-Velasco, Chillida no solo no ha dejado de permanecer a la Arquitectura, sino que camina con pasos agigantados hacia ella. También Eduardo nos lo ha confirmado de palabra.

—Desde hace tres o cuatro años que siento la necesidad de hacer arquitectura. Arquitectura en hormigón. El aroma ya lo tengo aquí dentro, aquí (Chillida se señala la cabeza) y es lo mismo que cuando me pongo a hacer una escultura; al empezar a realizarla ya está hecha aquí. No se a quien podrá interesarle el que se haga esa arquitectura, ni cuando. Un templo, eso es, un templo; pequeño de proporciones, enorme de concepto. Tal vez como una ermita. El lugar sería Castilla, un paraje seco, de grandes horizontes, en una hondonada del terreno, para que el templo no se recortase sobre el horizonte, sino sobre la tierra. No es esta una idea para un remoto futuro, sino para el presente que llega. Tal vez tuviese que pedir la colaboración de algún arquitecto amigo, o de algún ingeniero, pero lo que es indudable es que no se quedará en proyecto, porque esa etapa no pienso cumplirla; no se quedará como esas obras soñadas por los arquitectos, que solo las ven realizadas en los planos. Tendré que hacer algún volumen, maqueta, o lo que sea, del templo, pero no un proyecto. Esa es la diferencia que yo pueda tener con un arquitecto al uso. Este templo ya lo tenía concebido, aquí, antes de hacer mi primera escultura en hormigón, que regalé al pueblo de Madrid, pero el trabajo en ese material ha vuelto a reavivar mi ya resuelto propósito.

Señor Director General de Arquitectura, Usted que es arquitecto y arquitecto sensible y preocupado por los problemas de envergadura cultural, creo que en este ofrecimiento de Chillida hay materia para meditar. Esto lo digo a título personal, pero estoy segurísimo que otros muchos arquitectos, otros muchos artistas plásticos, estarán de acuerdo conmigo. Es más.

Señor Director General de Arquitectura, Señor Decano del Colegio de Arquitectos de Madrid, Señor Director de la Escuela de Arquitectura: Creemos que sería reparar errores pasados (o mejor dicho, disparidad con criterios de enseñanza pasados) el poderle ofrecer al arquitectónico Chillida un título de Arquitecto “Honoris causa”, sería un honor para el arte español y para la arquitectura en particular. Y sería una buena forma de obligarle a realizar esa arquitectura que Chillida sueña, esa arquitectura que ya está forjada en su mente y que, a juzgar por sus esculturas últimas, sería una aportación valiosísima a la arquitectura más nueva. Esta petición ya no es sólo a título personal, el Director de esta revista ha sido el primero en apoyarla.

Es más. Señor Director de “Arquitectura”, don Carlos de Miguel: Siempre ha sido buen criterio el predicar con el ejemplo, aunque el ejemplo tenga que ser mínimo. Esta, ya es una petición que me afecta muy directamente. Tanto si se le concede a Chillida al título de Arquitecto “honoris causa” como si no, estimo que no deberíamos dejar pasar la ocasión de esta Exposición conmemorativa sin que el Colegio de Arquitectos, o la Escuela de Arquitectura, tuviese una escultura de Chillida, uno de esos “Elogios de la Arquitectura” de los que hay varias versiones expuestas ahora. Ya sabemos que Chillida es potencia mundial y que las potencias de este género no se compran fácilmente. Pero también los arquitectos son ricos, la mayor parte de ellos, al menos; entre todos no sería tan difícil adquirir esa escultura recordatoria, en suscripción voluntaria. Y ahora viene lo de predicar con el ejemplo, aunque sea pequeño: El importe de mis honorarios por estas páginas de colaboración, quiero que sea el primer donativo que encabeze la lista que pueda hacer realidad esa presencia del primer escultor español de nuestra época, del escultor más arquitectónico de todos los tiempos, en un Centro cuya misión sea valorar y promover la Arquitectura. Vale por lo que sea.

“No se debe olvidar que el Futuro y el pasado son contemporáneos”, “El límite es el verdadero protagonista del espacio, como el presente, otro límite, es el verdadero protagonista del tiempo”. Estas dos frases de Chillida sintetizan todas las intenciones aquí escritas. Sí, hagamos de nuestro presente verdadero protagonista.

(1).— Juan Daniel Fullaondo: “Chillida” libro-separata de la Revista “Nueva Forma”, Madrid 1968.



FOTO GOMEZ





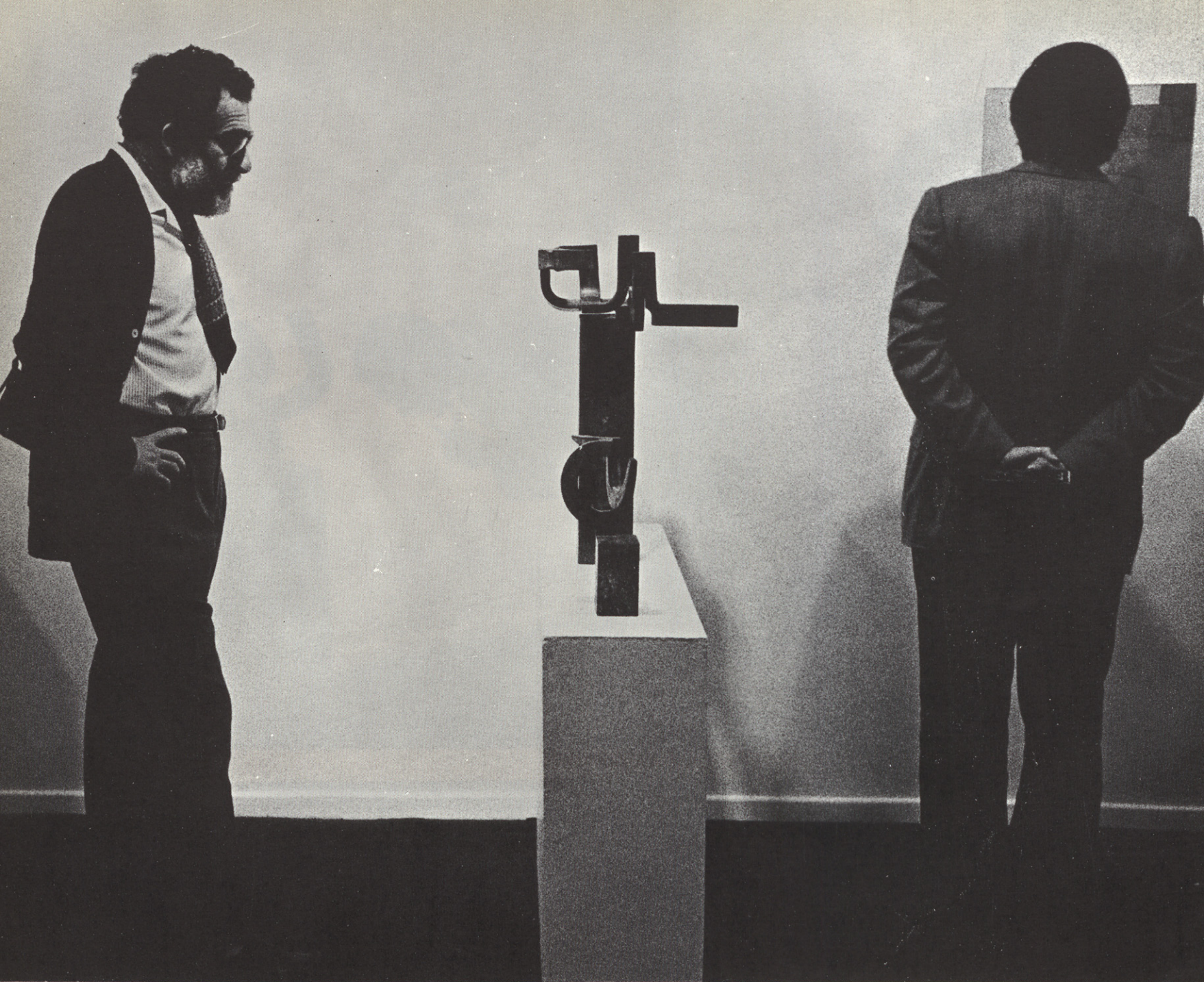
FOTO GOMEZ



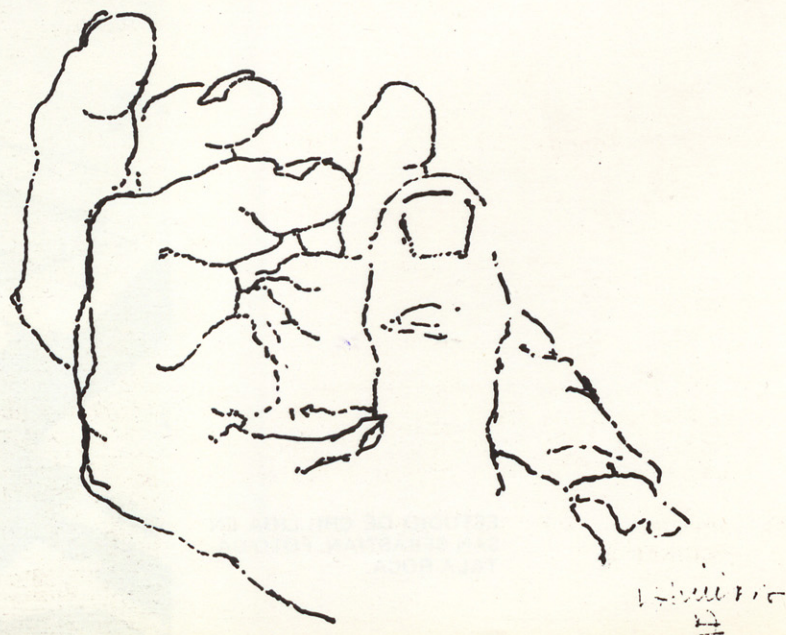
FOTO GOMEZ



ESTUDIO DE CHILLIDA EN
SAN SEBASTIAN. FOTO CA-
TALA ROCA.



FOTC GOMEZ



LA MANO DE CHILLIDA DIBUJADA POR EL MISMO.